


J. DE M.



El Espíritu
del Nacional-
Socialismo

EDITORIAL NACISTA
Santiago de Chile
1938

J. DE M.

**EL ESPIRITU DEL
NACIONAL-SOCIALISMO**

EDITORIAL NACISTA
SANTIAGO DE CHILE
1938

J. de M.
= JUAN de MARRUECOS

A LOS QUE AUN TIENEN FE

Chileno, que a pesar de tus infinitos desengaños políticos, aún tienes fe en los destinos de la Patria y la amas con ardiente y entrañable amor; hijo de esta tierra, que sientes rebullir en tu alma la rebeldía y la indignación ante el abatimiento profundo del país y la miseria en que ha sumido al pueblo un régimen corrompido; ciudadano consciente, que anhelas para Chile gobierno austero y emprendedor y honrada administración; hombre de trabajo, que desees ganar noblemente la vida, sin la ruin intervención de gestores y vampiros políticos; obrero, que ansías mejorar tu suerte y la de tus hermanos, redimirte del vicio y la miseria y ser un ciudadano digno y eficiente; gañán infeliz, lamentable despojo de nuestra raza, que deambulas por campos y ciudades como una protesta viva contra el egoísmo y la indiferencia de nuestros gobernantes; mozo idealista, que sueñas con la redención de nuestro pueblo y

luchas por el triunfo de la equidad y la justicia; pensador generoso, que confías aún en la humanidad y aguardas días mejores para el mundo; hombres de nuestra tierra, que no sois esclavos de la ambición y la codicia, que sentís ansias de honradez y limpieza moral, de sinceridad, de ennoblecimiento y de superación; que no os arredran los obstáculos ni los sacrificios, y que daríais gustosos la vida por la honra de la Patria y la salvación de nuestro pueblo, vosotros lleváis en vuestra alma, latente e ignorada, la esencia que dió vida al Movimiento Nacional Socialista.

El espíritu del Nacismo es la suma de todos los nobles sentimientos que guardáis en el fondo del pecho, esperando el instante en que una inspiración generosa los haga vibrar. Es amor patrio y es fe en el porvenir de Chile, es sinceridad y honradez en el proceder, es valor intrépido y sereno, es renunciación y sacrificio en aras del bien común, es conciencia del deber y la responsabilidad, es disciplina, es perseverancia, es vivo y constante anhelo de superación moral.

A vosotros, los que ignoráis el espíritu del Movimiento nacido de lo más hondo del sentir nacional, de las entrañas mismas de la raza; a vosotros, los que sólo sabéis de las diatribas y las injurias que a diario prodigan al Nacismo los políticos corrompidos y su prensa; a vosotros, que de apáticos y cobardes espectadores del infortunio patrio, podéis convertirnos en los más ardorosos soldados de la causa nacional, os dirigimos un ardiente llamamiento con la esperanza de que halle eco en vuestro corazón y despierte vuestra conciencia de ciudadanos y de chilenos.

VISION RETROSPECTIVA

Tuvo Chile una era de oro. Durante los sesenta años de la época portaliana fué nuestro país modelo de civismo, de honradez y de cordura. Diríase que el espíritu del Ministro que fundó la República y la selló con su sangre, velaba aún por su obra; y a menudo, en gobernantes y en funcionarios revivía la figura moral del gran estadista, diseñábanse sus nobles rasgos: la expresión enérgica, el perfil austero, la atendida honradez, el apasionado amor patrio. Y en la vida política aún tenían sentido aquellas palabras que trazara con la sinceridad y la franqueza que le eran características: "Antes que tocar un centavo de la Nación preferiría que me cortaran un brazo o me enterrasen en el fango".

Recordamos todavía con admiración profunda el temple moral de nuestros abuelos. ¡Qué concepto tan rígido, tan estricto tenían de la honradez, del deber, de la responsabilidad, de las obligaciones para con la Patria! Con hombres así no era extraño que Chile diera ejemplo de orden y virtudes cívicas a las repúblicas hermanas y mereciera el respeto de las más poderosas naciones.

Hoy, ese pasado admirable no es ya sino un vago recuerdo, y la herencia espiritual, legada por nuestros antepasados con más esmero que los bienes materiales, se ha perdido en el tráfico de las pasiones, ahogada por el egoísmo implacable y la ambición arrolladora. La doctrina individualista del régimen liberal, cuya finalidad es la conquista del bienestar y de las riquezas por los más audaces y más fuertes, a costa del dolor y la miseria de los menos afortunados; es decir, el triunfo del materialismo sobre la

justicia, ha sido la carcoma que, lenta pero eficazmente, ha destruido el andamiaje que mantenía exenta de corrupción y de fango nuestra vida política y social.

Como aquel filósofo que buscaba con su lámpara "un hombre" en medio de la uniformidad desalentadora de la muchedumbre, así se buscaría hoy en Chile un gobernante, un político del actual régimen que prefiriese que le cortaran un brazo o le enterrasen en el fango antes que tocar un centavo de los bienes nacionales.

Una ola cenagosa se extiende por todas partes. El ansia de goces y bienes materiales prostituye lo más sagrado; y junto con el concepto del honor, la rectitud y la justicia, se ha perdido el de la autoridad y la disciplina. En la crisis completa de los valores espirituales, ya no infunden respeto ni el gobernante, ni el funcionario, ni el jefe de familia. Perdidas la autoridad moral y la energía que infunde la conciencia del deber y la responsabilidad, no se puede esperar que sobrevivan el respeto y la obediencia.

Pero, del exceso de corrupción y de miseria ha brotado el esfuerzo redentor. En el corazón de los hombres honrados, en el espíritu de aquellos que no se resignaban al desquiciamiento de la Patria y a su oprobio, surgieron junto con un vehemente anhelo de honradez, austeridad y honor, ansias profundas de respirar un ambiente político y social más sano y más puro. Y este anhelo y estas ansias que aguijoneaban sordamente la conciencia pública, tomaron, por fin, forma y vida en el Movimiento Nacional Socialista.

El Movimiento no es, por tanto, un partido más, surgido del caos político, ni una agrupación de ideólogos empeñados en imponer extrañas doctrinas, ni una entidad utilita-

rista creada para velar por el éxito social y político de sus miembros. Nó; el Nacismo es la aspiración suprema de todo un pueblo hacia destinos más altos y más nobles; es el alma de una nacionalidad que se rebela contra el deshonor y la corrupción; es el aliento de una raza, en otro tiempo fuerte y sana, que hoy lucha desesperadamente para no hundirse ni desaparecer.

EL NACISMO ES AMOR PATRIO

Como símbolo del pensamiento que le dió vida y que le guía en la cruzada redentora, el Movimiento Nacional Socialista lleva con orgullo, muy en alto, muy por encima de las mezquindades de partidos y personalismos, la bandera nacional.

Ella preside en sitio de honor las ceremonias del Nacismo: el Juramento solemne, las concentraciones, las conferencias, las alegres fiestas. Desplegada al viento, como vela de un bajel que navega desafiando tempestades y huracanes, va al frente de las huestes de camisa gris que marchan por todos los caminos a la conquista del alma nacional. Envueltos en ella, como en un sudario de gloria, fueron a descansar en el regazo de la tierra los seis mártires de la causa nacistá.

Imágen de la Patria, evoca la visión de los fértiles valles, de los ríos caudalosos, de las cordilleras nevadas, de la inmensidad del mar que baña nuestras playas. Evoca el recuerdo de nobles acciones, de heroicas batallas y proezas de imperecedera memoria. Evoca días de grandeza y de paz, figuras ilustres, sombras veneradas de héroes y próceres.

Y junto a ella, el Movimiento ha puesto también otro emblema, el viejo pendón ungido por la gloria en la alborada de la Independencia. Enseña de rebeldía y emancipación, que izada intrépidamente por el primer Gobierno nacional, flameó en el primer combate y en la primera victoria del ejército chileno, simboliza para el Nacismo el pasado glorioso, la tradición venerable, la herencia de civismo y de honor que nos legaran los fundadores de la República.

Y al enlazar así el tricolor nacional a la bandera de la Patria Vieja, quiso el Movimiento significar su consagración a Chile y su respeto por la memoria de los que dieron a la nación honra y grandeza; unir en un sólo pensamiento el pasado y el presente patrios y jurar por ellos no tener paz ni reposo hasta que el país se liberte del régimen inicuo que le oprime, y renazcan las antiguas virtudes que hicieron grande a la República entre los pueblos de América.

El amor patrio, alma del Nacismo, sentimiento poderoso que transforma a los que ingresan en el Movimiento, de seres desorientados y pusilánimes, en hombres intrépidos y conscientes de su deber, es el inspirador de esa fe profunda y ardorosa, de esa admirable mística que asombra y desconcierta al adversario; que no se advierte en ningún otro movimiento, en ninguna otra agrupación, en ningún partido político, y que sólo podría compararse al ardiente entusiasmo con que los próceres de la Independencia lucharon por libertar a nuestra tierra del yugo opresor; yugo, no obstante, menos ominoso que el que hoy aniquila a nuestro pueblo, destruye a nuestra raza y abate nuestro orgullo de chilenos.

FE Y VALOR

Nunca, sin duda, se ha atacado en nuestro país a una entidad política con tan ruda saña y tanta injusticia como se ha combatido al Nacismo. Más, estamos ante un hecho que no puede causar sorpresa. Nada es más natural ni más lógico. Un Movimiento honrado y valiente, resuelto a poner fin a la vil explotación del país por un grupo de políticos inmorales y ambiciosos, y a establecer un gobierno basado en la verdadera democracia y en la justicia social, debía levantar inevitablemente una tempestad de odios y una furiosa persecución contra los audaces que osaban turbar la tranquilidad de los amos y señores de la tierra chilena.

Largos días de cárcel, infinitos vejámenes, atropellos, injurias y agresiones incontables, y seis mártires que pagaron con la vida su amor a Chile, tal es la cuenta que tiene el Nacismo contra sus perseguidores en los breves años que lleva de existencia. Pero, al pie de esa cuenta podría copiarse una célebre frase: "La sangre de los mártires ha sido semilla de nacistas".

Por cada hombre vejado, por cada afrenta soportada con estoica entereza, por cada valiente que defendió con su sangre el ideal nacional socialista, cien chilenos se levantaron para ofrecer a la causa del Nacismo el esfuerzo y la vida, y han jurado con el brazo en alto, ante el altar de la Patria, consagrarse "por entero y por siempre a la grandeza de Chile."

Contra el poder, las influencias, el oro y los mil recursos de que dispone el enemigo, los nacistas han opuesto su

fe y su valor. Fe en la santidad del ideal, en la justicia de la causa, en la honradez de los propósitos, en la grandeza del fin. Fe en el patriotismo, la capacidad y la rectitud del Jefe que guía con la palabra y el ejemplo. Fe en los destinos de Chile, en las virtudes de la raza, en el buen sentido del pueblo, en el triunfo incontrarrestable de la cruzada redentora. Y esa fe profunda, capaz de mover las montañas, ha engendrado en el espíritu nacista el valor que desdén los peligros y arrolla los obstáculos.

El país entero ha sido testigo del coraje y la noble intrepidez de las huestes nacistas. En las calles, en las cárceles, en los estrados judiciales, en el Congreso, el espíritu del Movimiento ha dado pruebas de un valor rayano, con frecuencia, en el heroísmo. Aún no se ha extinguido el eco de aquellas memorables sesiones de la Cámara, en las cuales los tres diputados nacistas, en medio de la ira enemiga desencadenada, cumplían intrépidamente su deber de representantes del pueblo y fiscalizadores de la administración nacional. Quienes escucharon las candentes frases con que el Jefe del Nacismo defendió los intereses del país contra la avidez y la audacia de los gestores políticos, y le vieron hacer frente con serena entereza a la jauría amenazante que aullaba en torno suyo, no olvidarán jamás el espectáculo de una mayoría parlamentaria humillada y vencida por la fuerza moral de un solo hombre.

¿Y qué decir de los entusiastas sembradores de las doctrina nacista que, esforzada e incansablemente, van esparciendo la simiente por campos y ciudades, hasta los más lejanos confines de nuestra tierra? ¿Qué decir de esos valerosos hijos del pueblo que con el pecho descubierto y una

canción patriótica en los labios, desafían el peligro y la muerte por un sublime ideal? Los seis mártires que derramaron su sangre y dieron la vida por la causa del Nacismo, que es la causa de Chile, no se sacrificaron en vano y su recuerdo es poderoso estímulo para sus compañeros.

Entre los innumerables ejemplos de fe y generosidad que ha dado el Movimiento, hay uno que le caracteriza, que nos parece como un símbolo de su espíritu: la acción anónima y desinteresada de los Dadores de Sangre. Esos grupos de hombres abnegados que se multiplican a lo largo del país para transfundir, junto con su sangre sana y generosa, vida y energía en las venas exhaustas del pueblo, interpretan noblemente el pensamiento del Nacismo, el ideal de humanidad y amor patrio que les guía.

A la fuerza material del enemigo, a su egoísmo y su mezquindad, el Movimiento opone la elevación y la nobleza de su fuerza espiritual. Y la historia del mundo nos enseña que en las luchas de la materia contra el espíritu, siempre ha sido éste el vencedor.

VIRTUDES CIVICAS

A principios del siglo diez y nueve, cuando en América el régimen democrático era el vivo anhelo de los pueblos recientemente emancipados de la dominación española, Portales, con su certera visión política, decía: "La democracia que tanto pregonan los ilusos, es un absurdo en países como los americanos, llenos de vicios, y donde los ciudadanos carecen de toda virtud como es necesario para establecer una verdadera república."

Hoy, al cabo de cien años, este juicio no ha perdido su oportunidad, y a los políticos que tanto en la Derecha como en la Izquierda han adoptado, como grito de combate, la expresión: ¡defendamos la democracia! puede decirseles con absoluta verdad que esa democracia que tanto progonan, es un mito en un país como el nuestro, donde los ciudadanos carecen de las virtudes cívicas necesarias para implantarla.

La defensa de la democracia en boca de los derechistas suena como un sarcasmo; pero proclamada por la Izquierda parece un contrasentido; porque, si se comprende que los políticos adictos al Gobierno traten de disfrazar el régimen capitalista con la careta democrática, no se acierta a comprender qué democracia es la que los dirigentes izquierdistas pretenden amparar, ya que en Chile jamás ha existido el auténtico gobierno del pueblo por el pueblo.

En nuestro país, el poder ha estado siempre en manos de un pequeño grupo de terratenientes y comerciantes enriquecidos, que han dominado sin contrapeso a la masa popular indiferente y resignada. Mientras los gobernantes fueron honrados y patriotas, el pueblo les obedeció sin protestas. Se les respetaba. Pero cuando la marea de corrupción que invadía los sectores sociales y políticos, subió hasta el Gobierno; cuando ya no fueron ciudadanos de reconocida probidad y civismo los que dirigieron la marcha de la nación; cuando el oro compró impudicamente el voto y la conciencia del pueblo; cuando los partidos se disputaron el poder y esa ínfima parte de ciudadanos, agrupados en diversas entidades con el fin de alcanzar empleos y prebendas, sin importarles la suerte del país, impusieron su volun-

rad sobre cuatro millones de chilenos, el descontento y la rebeldía empezaron a germinar, y se vió luego, como algo próximo e inevitable, el derrumbe del régimen corrompido y desprestigiado. La implantación de un gobierno honesto y verdaderamente democrático es hoy la vehemente aspiración de todo el país. El intérprete de ese sentir nacional, de ese común anhelo de librar a Chile de la casta explotadora que lo oprime y lo deshonra, el Movimiento Nacional Socialista, ha levantado el pendón revolucionario.

Y pese a los políticos derechistas y a los que se aferran a caducas o extrañas doctrinas, la revolución iniciada por el Nacismo avanza victoriosa, y desafiando los obstáculos con que se pretende detenerla, marcha hacia la realización del ideal democrático, hacia el verdadero régimen nacional, exento de odios sociales, de antagonismos políticos, de agrupaciones egoístas, y en el cual no habrá otro partido que el de la Patria.

Pero el Nacismo comprende que para implantar la auténtica democracia se necesita, más que dictar leyes y disposiciones gubernativas, inculcar en el espíritu nacional aquellas virtudes cívicas que exigía Portales. Comprende que será impotente y vana la más sabia y la más justa legislación política si los ciudadanos carecen de la conciencia de sus deberes y sus responsabilidades.

Y es por esto que la revolución nacista no ha ido al asalto del poder sino a la conquista de la conciencia chilena; y antes que al triunfo material, el Movimiento aspira a la victoria espiritual. Su principal tarea ha sido inculcar su espíritu en la mentalidad de los hombres de esta tierra, ese espíritu que es civismo y abnegación, que antepone a los

derechos ciudadanos las obligaciones de chileno, y al interés individual el bien de la colectividad; espíritu para el cual la finalidad de la vida no es el logro de riquezas y placeres, sino el cumplimiento del deber y la labor constante de superación y perfeccionamiento morales.

Soldado del ideal, el nacista se da a la causa; amplia y generosamente. No ambiciona recompensa ni satisfacciones materiales; le basta el sereno goce del deber cumplido. Lleva en el espíritu, profundamente grabado, el concepto de la responsabilidad; y sabe que para inculcar su doctrina y su fe, en el alma de sus compatriotas, debe, ante todo, dar ejemplo de moralidad, disciplina y sacrificio. Moralidad en la vida pública y en la privada; disciplina que no es torpe sumisión, sino obediencia razonada y consciente al Jefe que tiene autoridad moral para imponerla; sacrificio silencioso y constante, renunciación a todo interés personal opuesto al bien de la Patria.

Cimentada sobre esta base de austeras virtudes, sobre este concepto del deber ciudadano tan elevado y estricto, la democracia que parecía un absurdo a Portales en medio de la desmoralización de los pueblos americanos, será una realidad cuando el Movimiento Nacional Socialista dirija los destinos de la nación.

UN LLAMAMIENTO

Chileno que has leído estas páginas, si tus conveniencias, tus negocios, tu reposo, tu bienestar, valen para tí más que los intereses y la salvación de Chile, te hemos hablado en un lenguaje que no comprendes, que no era

posible que comprendieras. Miras el problema nacional desde un punto de vista muy diverso del nuestro, muy lejano, muy opuesto. Y en estos instantes piensas, sin duda, que has perdido el tiempo, ese tiempo que pródigamente repartes entre negocios y placeres. Y quizás hayas perdido también el buen humor. Hay cosas amargas, punzantes, que, aunque no se las comprenda, dejan en el espíritu una secreta desazón.

Más, si amas a tu país, si llevas en el corazón, como un peso intolerable, el dolor de nuestro pueblo, la tristeza de nuestra raza; si sientes que la vergüenza te quema el rostro ante el abatimiento de la Patria y las humillaciones que le han sido impuestas; si existe en tu pecho el sentimiento de la justicia y la generosidad y no eres un cobarde, hombre de nuestra tierra, no permanezcas impasible, no te cruces de brazos ante la miseria y el hambre de tus compatriotas. No exclames como los políticos derechistas: "¡Siempre hubo pobres en el mundo, y aunque diésemos lo que poseamos, siempre habría miseria!" Nó; da lo que poseas; da tu esfuerzo, tu trabajo, tu tiempo, para salvar a tus hermanos de su triste suerte. Dalos con alegría y generosidad, como los soldados del Nacismo. Y ante el desfile interminable de los pequeños ataúdes que se llevan en flor a la nueva generación, no digas para acallar la voz de tu conciencia que "también morían los niños en la Colonia". ¡No lo digas! Con abnegación, con valentía, disputa a la muerte las pequeñas vidas, esperanzas de la Patria. Es tu deber. Pesa sobre tí, pesa sobre todos nosotros, la responsabilidad de salvar el porvenir de Chile.

Sacude tu indolencia y no intentes justificar tu egoísmo enrostrando sus vicios al pueblo. No tienes derecho. Nada hiciste para moralizarlo y ennoblecerlo. Y no arguyas que cumples tu deber porque te desprendes de algunas monedas para obras caritativas, y das un pedazo de pan y un vestido viejo. Nó; no es limosna lo que debes a tus compatriotas, no es caridad. Es justicia, es equidad, es darles lo que les pertenece, es dignificarlos, es libertarles del régimen explotador, es poner el esfuerzo y la inteligencia al servicio del bien común. No eres un ser aislado e independiente; eres un miembro de la colectividad chilena, y tus iniciativas y tus actividades deben contribuir al bienestar nacional.

Compenétrate de esta verdad. Es preciso que todos los chilenos nos compenentremos de ella antes que sea tarde, antes que una avalancha de destrucción y de barbarie nos sepulte.

En apretadas filas marchan a salvar a la Patria y a la raza los soldados del Nacismo. Pasan junto a tí valerosos y resueltos, dispuesto el espíritu a todos los sacrificios. Únete a ellos. Es la hora decisiva.

Flota en el ambiente una ansiedad inmensa. La inquietud, la angustia de todo un pueblo. Del corazón de las ciudades, de los campos, de las pampas salitreras, de la lejanía de las tierras australes, llega hasta tí un llamamiento supremo. Es el clamor de la raza, la voz de la sangre. Es la Patria que te llama, que te ordena: ¡Chileno, a la acción!



O. 11741

PRECIO: \$ 0.60